

Filosofando

Atisbos de sentido

Fil. Luis Armando Aguilar Sahagún

Los “instantes privilegiados” son las vivencias profundas de realización que dejan el sabor de “sentido”. Pero se desfiguraría al hombre si se le comprende en función de un futuro “pleno” que hiciera pasar desapercibido su presente. Puede decirse que, en cada instante, el hombre se vive real y realizado, aunque abierto aún a una realización ulterior, esperanza de mejores y más hondos “instantes”, que bien pueden llegar, o no.

La falta de esos instantes privilegiados puede hacer nacer la tentación de lo absurdo. Como observó Kierkegaard, en el instante tiene el hombre un atisbo de eternidad, y ese atisbo mantiene al éxtasis temporal del futuro en su verdadera significación.

La belleza como atisbo

La belleza nos puede cautivar. Hay vidas que se presentan como obras de arte para luego desaparecer. La belleza pasa y queda sólo en la memoria, ya sea de una persona o de una sociedad.

Cuando llegamos a descubrir una obra como “obra de arte”, solemos quedar deslumbrados. Es característico de la experiencia estética provocar un cierto éxtasis o arrobamiento que parece sacar al sujeto de sí para trasladarlo a una esfera de una belleza magnífica. Puede ocurrir de golpe, como cuando un atardecer nos atrapa inesperadamente, o puede ocurrir después de un trato prolongado, podríamos decir, progresivo, con una obra –una pintura, un poema, una obra musical o, incluso, una persona o una vida- en la que sentimos que se abre ante nosotros una realidad perfecta.

La obra maestra tiene tal valor que se ha buscado con razón su preservación en lugares especiales: museos, santuarios, etc., en los que permanezca como un testimonio a la vista de todos lo que se ha descubierto como un logro definitivo e imperecedero. Así es como podemos volver a objetos, obras de arte, biografías, y como buscamos que se eduquen nuestras miradas, oídos, nuestra conciencia, al significado de lo que es la verdadera maestría de un oficio, los pasos que marcan la configuración del logro más completo, ya sea de una obra o sea de una vida. Y ahí podemos detenernos y, eventualmente, experimentar un atisbo de algo imperecedero. Quien haya escuchado una gran obra sinfónica o coral, una balada; quien haya leído al Quijote, el Cantar de los cantares, etc.; quien haya visitado o habitado un espacio arquitectónico como la Sagrada familia, creará, tal vez, que, en medio de esa belleza y de ese silencio, se anuncia algo que, siendo del mundo y gestado en él, es “más”.

Es conocido el caso de la quema de la Biblioteca de Alejandría, que debió contener obras de gran valor artístico, científico y filosófico. Hitler mandó destruir gran cantidad de libros escritos por judíos, así como obras de arte catalogadas como “decadentes”, que merecieron la hoguera. Así, también, la vida de grandes héroes, de símbolos de la belleza ha encontrado su propio fin con el término de sus vidas. ¿Qué quedó de esas grandes obras? ¿Cómo queda la vida que se presenta como un “logro total”? Hay numerosos ejemplos: Buda, Tomás Moro, Edith Stein, entre otros... No se trata sólo de lo que podemos recordar, agradecer, sino de su ser.

Morir y permanecer...

Es posible ver que existe una relación recíproca entre la interpretación de la vida y la de la muerte. Según una de ellas, a la unidad sustancial de la persona, que subyace a sus acciones, ha de corresponder una configuración unitaria. En ella alcanzarían su validez definitiva las opciones fundamentales de un ser humano a través de las que cobró expresión lo que la persona quiso ser, y con ello, su más profundo y único proyecto de vida. Si este supuesto es válido, entonces la vida obtiene un mayor peso de sentido de signo contrario a la experiencia de la “insoportable levedad del ser” (Kundera).

Cada instante es un átomo potencial de eternidad. La muerte es el final de la vida histórica, sin embargo, no la aniquilación del sujeto, sino su eternización. Con la muerte la persona alcanza la configuración moral definitiva de su ser.

El hecho de que el tiempo parezca “escapársenos”, no equivale a la mera disolución del conjunto de la vida, o de sus distintas fases, situaciones y actividades. De ser así, pensamos, no sería posible diferenciar ni ponderar entre lo bueno y lo malo “*en el aquí y ahora*”. Nos resistimos a aceptar que todo lo que alguna vez se nos presenta como un valor absoluto se disuelva al final de la misma manera que todo lo banal.

No da lo mismo haber optado por un sentido u otro. El sentido de la vida se decide en esas opciones. La incondicionalidad con que se hayan presentado las alternativas y los actos en los que se haya realizado una u otra realidad, llevan a pensar que no todo puede acabar con la muerte.

Es esta diferencia lo que se vive en el compromiso y la seriedad de la libertad. Decimos que la capacidad de establecerla y actuar en consecuencia es la base de la dignidad humana, así como de la diferencia moral entre el bien y el mal que se vinculan a ella. De aquí que sea posible barruntar y postular que, para el hombre, la muerte no tiene la última palabra, que morir no equivale a la aniquilación del “Ser” de la persona. Para un ser pensante sólo si esto es así, vale la pena vivir. A través de esta interpretación la vida no sólo obtiene su mayor potencial de sentido, sino que es la única que corresponde a la seriedad de la diferencia entre el bien y el mal moral. El sentido de la libertad sólo puede consistir en lo que ella puede producir, en lo que “*sólo a través de ella y de ninguna otra forma*” puede ser producido.

El fallecer, la muerte biológica, puede ser la última fase en un proceso de liberación. Lo que no muere es haber amado, y el amor, cuya experiencia encierra el pre-gusto de lo definitivo y eterno. Este es un claro indicativo de que la muerte física no equivale al aniquilamiento de la persona.

Lo que trascienda será nuestro ser personal. Lo que hayamos hecho de nosotros. En las personas queda lo vivido, lo forjado, en el tipo de hombre o mujer, en la personalidad adquirida. El modo de existencia temporal concluye. Sin que sepamos qué siga, aunque podamos decir que las personas permanecen... sólo por la configuración en el amor, que viene del otro, consigue el ser humano existir del todo, sentirse arropado dentro de su verdad (J. Pieper).

Quizá el más profundo atisbo de lo que permanece sea la experiencia interna de la libertad, de la auténtica libertad, que es la que se entrega por algo mayor. Una opción, un acto en el que se pone en juego el ser de la persona y, más, cuando es un modo de “perderse para

ganarse”; de muerte, al fin, de la que sólo queda el fruto. Esto supone vivir la libertad como un don y, por lo mismo, poderlo entregar.

Lo que queda no es aquello de lo que nos prendemos, de lo que quedamos prendados. Esta sería un intento de re-tener, que también se escapa. Lo que verdaderamente queda es lo dado, lo entregado en libertad, aquello de lo que nos hayamos desprendido, sobre todo, el habernos des-prendido, para los demás, de nosotros mismos. “Lo que queda es el amor” (1 Cor 13, 13). En el balance de San Pablo, es el amor el que queda, no la esperanza ni la fe, por ser el amor “lo mayor”.

Permanecer “en”, “para”, “delante del” misterio incomprensible de Dios

Con la muerte, como dice Rahner, “se apagarán las estrellas de los ideales con los que hayamos tapizado el cielo de nuestra existencia”. Lo que para nosotros pueda parecer una larga vida, aparecerá como la “corta explosión” de nuestra libertad; una explosión en la que las preguntas se habrán convertido en respuesta; las posibilidades en realidad, el tiempo en eternidad, la libertad ofrecida en libertad efectuada. La muerte erige un muro silencioso de vacío, como límite en el que aún, tal vez, podemos asumir nuestra verdadera esencia, que será esa libertad realizada, configurada ya en la persona que realmente hayamos llegado a ser.

Lo que permanece ... del gesto agradecido del viejo que ya ha aceptado su impotencia y se deja conducir por otros; de la actitud surgida en el enfermero que, de pronto, atisba en el enfermo la demanda de reverencia; de toda reivindicación de la justicia, lograda y aplastada; de la voz silenciada del testigo de la verdad; de la luz que pone en marcha al extraviado en los callejones sin salida de la vida; del acto incondicional de optar por el bien; de la plegaria que quedó como no escuchada por nadie; del esfuerzo inadvertido de hacer algo por el otro; de lo vivido, de lo gozado, de lo sufrido; de la vida; de las acciones, personales y colectivas; del gesto y del esfuerzo inadvertido; de “toda la basura de la historia”. Lo que queda de lo que hacemos los hombres con nuestra propia vida, personal y colectivamente. La configuración de la propia vida (ethos), del propio modo de ser; y la configuración del “hombre total” por la trascendencia de los actos en los que se juega lo definitivo: puesto todo el ser, empeñada la vida en libertad, entregada a la buena acción.

Todo puede ser un atisbo de lo que permanece. Hace falta un cierto “blick”, una cierta disposición. Y quizá tarde, en retrospectiva, descubrimos que los momentos de “felicidad” sólo son componentes, algo periféricas, de lo que puede llegar a ser el logro de una vida, o mejor dicho, de una vida en la que se haya podido amar. Porque, si “a la tarde, te examinarán en el amor” lo que permanece, verdaderamente, es el haber amado.

Lo que verdaderamente queda es lo verdaderamente entregado.